



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLVI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 13368

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península: Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero: Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 15 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

Redacción y Administración: Mayor, 24

MARTES 17 DE JULIO DE 1906

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

EL ECO DE CARTAGENA, en Londres.

Las maniobras navales inglesas

(De nuestro colaborador, M. PRIETO.)

Ya dieron fin las maniobras navales que, durante un mes, ha estado realizando la poderosa escuadra inglesa. En ellas han tomado parte CUATROCIENTOS NUEVE buques de todas clases, y el programa que para las mismas trazó el Almirantazgo se ha cumplido hasta en los menores detalles.

De la primera parte de estas magnas maniobras ya tienen noticia los lectores de EL ECO por las relaciones que he ido este publicando; así, pues, sólo he de señalar la rapidez y asombrosa seguridad con que la movilización se ha efectuado en los diversos arsenales. En menos de dos horas todos los buques que estaban en la reserva fueron puestos en disposición de hacerse á la mar.

Se ve que en los Arsenales habían sido previamente preparados los trabajos y dado ciertas disposiciones para realizar la movilización en un espacio de tiempo tan excepcionalmente corto; pero, como una declaración de guerra va siempre precedida de un período de tensión política, durante el cual se pueden adoptar idénticas medidas de previsión en dichos establecimientos navales, fuerza es reconocer que Inglaterra ha resuelto el problema de la movilización de sus buques satisfactoriamente.

El período más interesante de las maniobras ha sido el último, en el cual se ha estudiado otro problema importantísimo: el de la guerra comercial. Su estado esperábase con viva impaciencia por los marinos de todos los países.

En estas maniobras habían de batirse dos escuadras: la del almirante May, compuesta de sesenta y siete buques, y encargada de atacar al comercio in-

glés; y la del almirante Wilson, con ciento veinticuatro unidades, que debía defenderlo.

¿Cómo se practicaría la guerra comercial con los navios modernos? ¿cómo con el vapor y las grandes velocidades—devoradora de carbón—se renovarían la guerra «de corso» en la que sobresalieron los piratas de Saint Malo y de Dunkerque? ¿cómo vigilar las grandes rutas comerciales? ¿cómo asegurar el arribo á los puertos de los buques de la marina mercante?

Tales eran las cuestiones que todos los que se interesan por las cosas de la marina ansiaban ver resueltas, porque ellas fueron siempre objeto de vivas controversias por parte de diversos escritores y críticos navales.

Sobre todos estos puntos la expectación ha sido engañada. Tuviéronse presente todas las más posibles circunstancias reales del tiempo de guerra; pero, las maniobras no pasan nunca de ser puros simulacros. El comercio marítimo inglés estaba preparado con arreglo á las instrucciones del Almirantazgo, y, á pesar de ello, quedan sin respuesta las cuestiones que se dilucidaban.

Como quiera que sea, hé aquí lo que ha pasado:

El almirante May, á la cabeza de la escuadra azul enemiga, inferior á la escuadra roja que mandaba el almirante Wilson, debía hacer la guerra de corso sobre los buques mercantes que vinieran del Sur del Atlántico, del Extremo Oriente y del Mediterráneo para ganar los puertos de Inglaterra y abastecer á los mismos de subsistencias.

Para conseguir su objeto dispuso sus

buques en varias líneas á lo largo de las costas portuguesas, á fin de interceptar las vías comerciales, logrando apoderarse con tal medida de un cierto número de vapores.

Al aproximarse la escuadra roja, cuyos movimientos conocía gracias á la telegrafía sin hilo, y que venía á la vez, dividida en dos grupos, del Norte y del Sur, sacrificó á sus tiros sus buques más pesados, escapándose con cinco acorazados de mucho andar y se dirigió por el canal de la Mancha á amenazar á Inglaterra.

En esta ocasión el almirante May hizo realizar á sus navios un *raid* notable que no duró menos de dos días, y encontrando la Mancha desprovista de toda flota de alto bordo, transmitió por la telegrafía sin hilos al rey Eduardo VII el siguiente audaz ultimátum:

«El comandante en jefe de la escuadra azul, enemiga, á S. M. el Rey, al primer ministro, al Almirantazgo y á los Alcaldes y Comandantes en jefe de los puertos:

El enemigo que mando en la Mancha os exige una indemnización de guerra, y si atentáis contra mi escuadra por medio de los torpederos, submarinos ó minas, yo destruiré los puertos no protegidos de las costas inglesas y os haré responsables de las pérdidas que pueda sufrir en hombres. Me encuentro á lo largo del puerto, y si no veo flotar la bandera de capitulación bombardearé la ciudad. El importe de la indemnización será fijado posteriormente.»

Este ultimátum ha sido apreciado de muy diversos modos.

Muchos periódicos, sobre todo en los primeros momentos, dijeron que el almirante May, al frente de su escuadra azul había hecho temblar á Inglaterra. Pero, posteriormente se hizo constar que la mencionada escuadra estuvo siempre en huida y había sido desalojada de su posesión en la costa de Portugal, que era perseguida de cerca por la escuadra roja, á la cual sólo llevaba seis ó siete horas de delantera, y que sólo la cesación de las maniobras impidió que sufriera la derrota completa.

ma que en una guerra real hubiera in faliblemente sobrevenido.

—«Nadie,—escribe á este propósito el corresponsal del «Time»—puede mandar en la Mancha y ejecutar los proyectos hostiles que se atribuyó al almirante May, en tanto que se halle próxima una escuadra superior enemiga».

Esto es, en efecto, una verdad incontestable, y el almirante May no podía ignorar que no bastan algunas horas para tomar contra un país una acción decisiva.

Si las maniobras no dieron como enseñanza estratégica todo lo que se podía esperar, han mostrado, sin embargo, las ventajas de quemar el petróleo y de la telegrafía sin hilos, además del éxito obtenido en la movilización, que es la más grande que se ha hecho en tiempo alguno.

Las maniobras han sido también poco accidentadas. Los buques que tuvieron que cesar en los ejercicios por ocurrirles averías, fueron muy pocos, atendiendo que las operaciones duraron un mes y en ellas tomaron parte más de cuatrocientos buques.

Los altos jefes han demostrado durante ellos cualidades muy notables: decisión, «buen ojo», conocimiento profundo del material y de los recursos de la marina británica. Los oficiales testimoniaron su saber y su entusiasmo en todas las circunstancias, hasta el extremo de ayudar ellos mismos, con sus propias manos, al aprovisionamiento de carbón para que su buque fuese el primero repostado y ganar la palma en este *sport* de un nuevo género.

Los periódicos ingleses están unánimes en reputar, en vista del resultado de las maniobras, al almirante Wilson, como un gran marino. Y es lo cierto, que bajo sus órdenes, la marina inglesa ha puesto una vez de manifiesto las excelencias de su organización y el valor de su personal.

M. Prieto.

Londres, 12 de Julio.

Estadística demográfico-sanitaria

El número de defunciones ocurridas durante el pasado mes, en esta ciudad, asciende á 283, habiendo sido motivadas: 81, por causas infecto-contagiosas, la tuberculosis con 18; 71 por enfermedades localizadas en el aparato digestivo; 38, en el respiratorio, 14 en el circulatorio y 62 en el cerebro-espinal, ascendiendo 139 las defunciones ocurridas en la primera infancia de 0 á 4 años, resultando un coeficiente de mortalidad de 283 por 1000 habitantes.

El total de nacimientos ha sido de 209: legítimos, 95 varones y 86 hembras é ilegítimos, 10 varones y 18 hembras.

Se han registrado, además, 3 nacidos muertos legítimos y 2 ilegítimos.

El coeficiente de natalidad ha sido de 200 por 1000 habitantes, habiendo disminuído la población en 74 almas.

Durante el mes la altura media que ha alcanzado el barómetro es de 762'5.

La temperatura máxima, 28'0; la mínima, 15'7, y la media del mes, 21'7.

Los vientos dominantes, NE. y E.

Han disminuído las afecciones del aparato respiratorio y en cambio se han exacerbado la del tubo digestivo, acentuándose más la mortalidad en las enfermedades infecto-contagiosas y en la infancia por los desarreglos gastro-intestinales.

(COSAS DE ESPAÑA)

La Conferencia Panamericana

Dentro de pocos días, el 21 del actual, se inaugurará en Río Janeiro la tercera Conferencia panamericana.

Responde esa reunión al propósito de los Estados Unidos de dar un nuevo paso en el camino que ha de conducirlos á asegurar su hegemonía hoy y su dominación mañana, en el Nuevo Continente, y es tanta la importancia que el gabinete de Washington concede á esa Conferencia, que ha estimado necesario nombrar como primer delegado de la República norte-

no derecho, y arrojándole con el látigo sobre la nieve.

Luego, echando atrás la cabeza, se bebió de un trago la copa de aguardiente, que le alargaban.

El tabernero, que sin duda era un cosaco retirado, salió de la casilla con medio «chtoff» en la mano.

—¿Quién quiere?—dijo.

Wasili, el mujik alto, seco y rubicundo, con barba de chivo, y el pausado consejero, de espesa barba corrida de color de lino, se acercaron y bebieron cada uno una copa. El viejecillo se reunió al grupo de los bebedores; pero como nadie le ofreció nada, se volvió hacia sus caballos atados á la trasera del trineo, y se puso á darles palmadas en el lomo y en las ancas.

Era el viejecillo tal como se lo había figurado; pequeño, flaqueo, de rostro azulado y lleno de arrugas, barba rala, nariz pequeña y afilada, y dientes amarillentos y gastados. Su gorro estaba flameante; pero su polliza usada, con manchas de brea y desgarrones en los hombros y en la delantera no le cubría las rodillas. Llevaba los pantalones recogidos en las botas. Encorvado y encogido, y con un temblor de cabeza y de rodillas, no se apartaba de su trineo, donde no sé qué hacía; o sea que procuraba entrar en calor.

—Vamos, Mitritch, toma un poco de aguardiente y te calentará bien—le dijo el consejero.

sado, alargando el cuello, reteniendo el aliento, y con la brida en desorden, trotando sobre la nieve. Felipe reatallaba el látigo y se arreglaba el gorro. El viejecillo, con los pies al aire como antes, iba tendido en medio del trineo.

Dos minutos después, las troikas hicieron crujir el suelo delante de la casa de postas, é Ignatchka, volviendo hacia mí su cara cubierta de agujitas de hielo, y soplando de frío, me dijo muy alegre:

—¡Os hemos traído al término, á pesar de todo, Señor!

XI.

Se rostro no era flaco, negrozco y de nariz recta como yo me lo había figurado según sus cabellos y la anchura de hombros, sino una cara jovial, redonda, con nariz ancha, boca grande y ojos azules claros. Tenía los carrillos y el cuello tan encarnados como si acabase de frotárselos con un paño. La nieve blanqueaba sus cejas, sus largas pestañas y el bozo que cubría su mandíbula inferior.

Llegamos á media versta de la parada é hicimos alto.

—Anda; pero vuelve enseguida—le dije.

—En un momento—contestó Ignatchka, saltando de un asiento y adelantándose al encuentro de Felipe.

—Trae, hermano—dijo quitándose el guante de la ma-

FIN.

